ANTONIO DELLEPIANE

LA
TARJA DE POTOSÍ

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684 — PERÚ — 684

1917

LA TARJA DE POTOSÍ



Altura del monumento : $1^{m}70$; anchura mayor : $1^{m}03$

ANTONIO DELLEPIANE

LA

TARJA DE POTOSÍ

BUENOS AIRES
IMPRENTA DE CONI HERMANOS
684 — PERÚ — 684

1917

A LA MEMORIA DE MI BISABUELO

EL BENEMÉRITO PRÓCER SANTAFECINO

D. JOSÉ ALBERTO DE CÁLCENA Y ECHEVERRÍA

AMIGO DE BELGRANO. INTENDENTE DE LOS EJÉRCITOS EXPEDICIONARIOS

AL PARAGUAY (1811) Y LA BANDA ORIENTAL (1814)

DIPUTADO A LA ASAMBLEA DE 1812, ETC.

QUE, A MÁS DE SU PERSONA, DIÓ

SUS CUANTIOSOS BIENES

A LA CAUSA DE LA

REVOLUCIÓN

LA TARJA DE POTOSÍ [1]

Entre los valiosos objetos exhibidos en el Museo histórico nacional, uno de aquellos que el público examina con más curiosidad, y, sin que ello importe ofender su ilustración, uno también de los que menos comprende, es el que me propongo estudiar en la presente conferencia. Hasta el desusado término de « tarja » — que significa simplemente escudo — con el cual se designa el objeto en cuestión, constituye un misterio impenetrable para la mayoría de los visitantes, no resultando más inteligible la denominación para aquellos que, conociendo el significado directo de la palabra, no se la explican, sin embargo, aplicada a una compleja obra de platería, al parecer abstrusa e incoherente, a una reunión de piezas desemejantes, formadas de follajes, frutas, flo-

(1) El presente trabajo fué leído por su autor el 24 de mayo de 1917, para inaugurar las conferencias instituídas en el Museo histórico nacional. Destinada esta edición a divulgarlo, se le reimprime tal cual apareció en el folletín del diario *La Nación*, vale decir, con supresión de notas, para aligerar la lectura.

res, animales y figuras humanas, que se yuxtaponen o sobreponen las unas a las otras, para constituir un todo, proporcionado y esbelto en sus líneas generales, sin duda alguna, pero fantasioso y desconcertante en su composición.

Pertenece, en verdad, la tarja, a esa categoría de cosas que atraen y desazonan a la par, que excitan a primera vista la curiosidad, para dejarla después insatisfecha. Por la lectura de la etiqueta que la acompaña y de algunas leyendas que contiene, llégase a conocer su procedencia y destino. Sábese, de ese modo, que es un obsequio hecho a Belgrano por las damas de Potosí, cuando, después de vencer en Salta y en Tucumán, el general llegó triunfante a la opulenta villa a fines del mes de junio de 1813. Trátase, por consiguiente, de un monumento conmemorativo, asociado a una gran personalidad y a memorables sucesos de nuestra historia. No estuviera constituído, como lo está, por una masa ingente de metales nobles y de la mejor ley; no hubiera sido repujado y cincelado, como lo ha sido, por hábiles artífices orfebreros, diestros en tratar asuntos de su arte, la tarja sería aún para nosotros objeto de subido valor documental. Examinemos, pues, el importante monumento, con interés de arqueólogo y con pasión de historiador. Procuremos develar su significado simbólico y tratemos de revivir mentalmente algunos de los magnos acontecimientos a los cuales se vincula el soberbio regalo, que el héroe, a quien

se ofrendaba en el instante de su culminación, con su proverbial característico desprendimiento, se apresuró a donar a la comuna de Buenos Aires, y que, andando los años, por un no buscado, pero sin duda feliz concurso de circunstancias, ha vuelto, después, en cierto modo, a su primitivo destinatario, ocupando sitio de honor en la sala de Belgrano del museo.

I

Si, para no infringir los cánones de la erudición y no exponernos a salir descubriendo la tarja después de haber sido por otros revelada, iniciamos nuestra tarea consultando las fuentes documentales y bibliográficas que pudieran dar luz sobre el asunto, hallamos, desde luego, que el ilustre biógrafo de Belgrano hace, en su concienzuda obra, la debida mención del objeto. El probo historiador nos da a conocer, por medio de una cita, la fuente en que bebió sus noticias : el interesante remitido firmado por « Una emigrada de la villa de Potosí », que, a mediados de 1820, y a raíz de la muerte de Belgrano, publicó en su *Despertador Teo-filantrópico místico y poético*, el movedizo publicista padre Castañeda. Siguiendo los pasos del general Mitre, pero con nuevas informaciones, recogidas en los libros capitulares de esta ciudad y en la tradición oral, el doctor Ángel Justiniano Carranza da a la luz, posteriormente, en la *Revista de*

Buenos Aires, una extensa monografía sobre la tarja, que, con ligeras variantes y adiciones, reedita años después en la *Revista del Museo histórico nacional*, dirigida por su sobrino el doctor Adolfo P. Carranza, meritísimo fundador de este instituto.

Carranza ensaya, en el trabajo mencionado, un estudio completo de la tarja, histórico, descriptivo, artístico y hermenéutico; pero forzoso es reconocer que el resultado conseguido por el estimable erudito ha quedado inferior a su empeñoso esfuerzo. Quien movido por el anhelo de comprender las cosas se engolfa en la lectura de ese estudio, experimenta, al terminarla, una molesta decepción. A despecho de los nuevos datos acumulados acerca del ofrecimiento a Belgrano del objeto, de la traslación de éste a Buenos Aires, de su exhibición pública en los balcones del Cabildo, a semejanza de la realizada años antes con la famosa « lámina de Oruro », — otra pieza magnífica de nuestro museo — el lector se persuade de que la obra, como concepción artística e histórica, quedó siendo letra muerta para su distinguido comentarista, quien ni acertó a describirla correctamente, ni alcanzó a penetrar su profundo simbolismo. Así, pues, más aun que antes de la publicación de ese trabajo especial sobre la tarja, se impone, después del mismo, describir e interpretar con exactitud el soberbio presente potosino.

Comienza Carranza su descripción por el indígena que culmina en la pieza, terminándola por el pen-

diente que cuelga debajo ; y tal manera de describir resulta parecida a la de aquel que, deseando dar idea de un monumento arquitectónico, detallara, en primer término, las balaustradas de la techumbre, para concluir enumerando las molduras del basamento. Se confunde así lo principal y lo accesorio, lo significativo y lo insignificante, el cuerpo y los adornos. Una vez más los árboles han impedido ver el bosque por haber descuidado dirigir antes al objeto una mirada de conjunto, que permitiera descubrir sus grandes líneas, sus órganos vitales. Si adoptamos esta actitud, si « solicitamos dulcemente » al objeto que nos hable, como aconseja un historiador se interrogue a los documentos para que se presten a hacernos confidentes de sus secretos, notamos que, tan enmarañada y confusa como se ofrezca a primera vista, la pieza se nos muestra, a poco, constituída por cierto número de órganos principales. Nuestra mirada, que al principio, recorre con igual interés todas las partes del monumento, concluye por fijarse en la central, donde, a manera de idea-madre, campea una hermosa placa de oro en forma de escudo oval, circuída por una hoja de palma y otra de laurel, símbolos de homenaje a los héroes. La lámina en cuestión cubre o protege en apariencia el espacio encerrado por una gran cinta « en forma de corazón », según Carranza, y que, a poco se la examina atentamente, trae a nuestro recuerdo el contorno inconfundible de la América del Sur con el itsmo de Pa-

namá en el ángulo noroeste y el grupo de las Malvinas al este de la punta austral, dirigida hacia el sudeste. Y, si alguna duda abrigáramos todavía sobre esa asimilación, ahí estarían, para desvanecerla, en primer lugar, los dos bajeles de oro, que, a derecha e izquierda de la supuesta tierra americana, surcan el espacio correspondiente a los océanos Atlántico y Pacífico, y en segundo lugar, el letrero « La América del Sur », no percibido por Carranza, escrito en la cartela llevada en el pico por un ave de oro que saliendo de la parte superior de la tarja, asciende volando a las alturas.

Veamos ahora el simbolismo de esta parte central, y, especialmente, el de la tarja o escudo, que da su nombre a toda la pieza. La importancia y colocación asignadas a esa lámina, así como también los adornos que la circuyen, inducen a pensar que ella desempeña papel preminente en la alegoría y que ese papel no puede reducirse al de una simple hoja destinada a soportar una inscripción laudatoria tan banal como la que lleva y de que después trataremos. No le atribuye Carranza otra función, siendo, para él, la leyenda el fin y la lámina el medio o instrumento para realizarlo. Ahora bien, lo contrario es precisamente lo cierto, a mi parecer; de tal modo que el texto podría ser totalmente borrado — lo está ya en parte, en razón de haber sido limpiado el objeto en forma inadecuada hasta hacerle casi perder su hermosa pátina — sin que la lámina viera disminuir

en un ápice su valor significativo. No se ha dado cuenta Carranza de que, en este verdadero monumento figurado, ese escudo, expresamente puesto para cubrir o defender a la América del Sur, es ni más ni menos que una metáfora con la cual se designa a Belgrano, protector de los pueblos del continente, después de su doble victoria y su avance irresistible hacia el norte, arrollándolo todo a su paso. Los poetas hebraicos, y, en pos de ellos, sus imitadores de todas las modernas literaturas han hecho frecuente empleo del indicado símil. ¿ Quién no recuerda la bíblica expresión de los salmos : « mi escudo está en Dios » ? ¿ Quién no guarda en la memoria los conocidos versos de Herrera el divino, en su celebrada oda a don Juan de Austria ? :

A tí, decía, escudo,
A tí, del cielo esfuerzo generoso,
Poner temor no pudo, etc.

La protección de Belgrano, broquel de Sud América, no se limita, según el cuerpo central que nos ocupa, a la tierra firme del continente, sino que también se extiende, de uno y otro lado, a los mares lejanos, asegurando, en el Atlántico y el Pacífico, la navegación y el comercio, representados a la vez por cada una de las dos naves de oro, afianzadas a la tarja o escudo mediante cadenillas, simbólicas de seguridad ; en cuya alegoría puede verse también una deli-

cada alusión a las notorias preocupaciones y desvelos, por las cuestiones económicas, del antiguo secretario del consulado, a quien iba dedicado el homenaje.

Al cuerpo central, que acabamos de describir e interpretar, se superponen, destacándose sobre él en un plano superior y una línea exterior, dos nuevos miembros o cuerpos, situados el uno arriba del descripto; rodeándole, el otro, a uno y otro lado y por debajo. El miembro superior consta de dos piezas cuneiformes. El cono hacia la derecha del espectador, no ofrece dificultad alguna para su caracterización. Representa, sin género alguno de duda, el famoso cerro de Potosí, que se nos muestra perforado en numerosos puntos por pozos de minas cuyas bocas circulares se perciben fácilmente y surcado por caminos que a ellas conducen y por donde se ven subir o bajar llamas cargados, emblema de actividad comercial y de riqueza minera. En el flanco del cerro, a la izquierda, siempre del que mira, descansa por uno de sus extremos la segunda pieza del miembro que consideramos. Su significación preséntase asimismo con evidencia, resultando ser la villa de Potosí, figurada por medio de castillos y edificios donde flamean banderolas y por árboles diversos. Sobre esta pieza se yergue una figura humana con traje talar, en la que Carranza creyó ver la representación de un misionero, y, mediante la cual, a mi entender, se ha querido personificar a la sociedad o a las damas

de Potosí, que rinden el homenaje. La figura en cuestión, cuya indumentaria y contornos son, a mi juicio, más bien femeninos, sostiene una cadenilla de oro que une este miembro superior con el lateral e inferior que pasaremos a tratar y nos dará la clave para explicar la citada cadenilla.

¿Qué significa esa «ancha y bruñida guarda de plata calada» — como la denomina Carranza, sin intentar siquiera su interpretación — que afecta la forma de una V y cuyo vértice inferior, de forma elipsoidal, ostenta en su campo «unas armas blasonadas con atributos de minería y el signo de la esperanza en oro de relieve», como agrega el distinguido americanista? La hipótesis interpretativa de este miembro brota instantánea cuando se percibe la forma acanalada de esa cinta y las líneas onduladas que la cruzan en toda su extensión. Estas líneas representan el agua que corre en un cauce figurado por la cinta acanalada. La traducción es evidente para el que conoce el jeroglífico egipcio del agua (≋) y se halla familiarizado con la manera de expresar ese elemento en la escritura pictórica de los pueblos primitivos.

Las dos cintas que bajan, a derecha e izquierda, formando escalones y meandros en su curso, para unirse, por debajo, en la figura elipsoidal inferior, de forma igualmente acanalada y también cruzada por ondas en sus dos bandas, representan, con claridad, las dos grandes vertientes que, descendiendo de las

entrañas del continente americano, confluyen para formar el río de la Plata, como cantan los olvidados versos de Domínguez, cuya sencilla ingenuidad encantó nuestra niñez y la evoca dulcemente en el otoño de la vida :

De las entrañas de América
Dos raudales se desatan :
El Paraná, faz de perlas,
Y el Uruguay, faz de nácar.
. . . .
Luego en el Guazú se encuentran
Y reuniendo sus aguas
Mezclando nácar y perlas
Se derraman en el Plata.

Y que ésta es la única y exacta significación de la, para Carranza, caprichosa y enigmática cinta y del elipsoide, lo corroboran la presencia de los pretendidos blasones y atributos de minería, que lo son, simplemente, de la navegación y el comercio en el seno de nuestro estuario. En cuanto a los dos grandes peces de oro, a una y otra banda del río, alegorizan la riqueza que sobre ellas derrama el río de la Plata, cuyo nombre se lee escrito en una cartela colocada encima del elipsoide, hasta el cual, — es la oportunidad de decirlo, ahora que conocemos su sentido, — desciende la cadenilla sostenida por la figura representativa de la sociedad o la villa de Potosí, simbolizándose, con ese vínculo material, la unión política y espiritual, entonces existente, entre

la ciudad arribeña y las provincias « de abajo », bañadas por el Plata, que arrulló la infancia del héroe glorificado en el monumento.

Conocido el segundo cuerpo de éste, pasemos al tercero, periférico al anterior, y, como él, compuesto de un miembro superior y otro inferior. El superior consiste en dos palmas que afectando los perfiles de la moldura designada por los arquitectos con el nombre de talón, se unen hacia arriba por sus dos extremidades. Cada una de estas palmas va acompañada de dos a manera de cintas, formadas por pequeños discos colocados en hilera uno al lado del otro. Sobre ambas cintas se alzan varias figuras masculinas que sostienen sendas cartelas con letreros en que Carranza ha leído *La Patria,* pero que en realidad dicen *Viva la patria,* hallándose la primera palabra en abreviatura. El otro miembro de este cuerpo, el inferior, consiste en una guirnalda que se desarrolla en curvas graciosas y cuelga, a uno y otro lado, por sus extremos, de la faja en forma de V, ya considerada.

Respecto al sentido de los dos miembros que nos ocupan, no cabe dudar un solo momento, pues está expresamente consignado en una inscripción escrita sobre un escudo oval de oro, situado inmediatamente debajo del elipsoide figurativo del Río de la Plata. La inscripción dice :

Hoy la América del Sud
Te ofrece con toda el alma
En esta guirnalda y palma
Los tributos de su amor.

La estrofa, como se ve, intentó ser una redondilla y no habría habido mayor dificultad para componerla buscando terminar el cuarto verso con la palabra gratitud, por ejemplo, que, rimando con la voz sud, terminal del primer verso, expresa una idea naturalmente asociada a la de homenaje rendido en retribución de servicios. De cualquier modo, aun en la inhábil forma adoptada, la inscripción manifiesta claramente la naturaleza y destino de ambos miembros, — la guirnalda inferior y la palma superior — que también han dado su nombre al monumento, el cual suele a veces ser llamado «la guirnalda y palma de Potosí». En cuanto a las extrañas cintas que acompañan a las palmas, trataremos de ellas dentro de un instante.

Descriptos e interpretados estos cuerpos concéntricos queda explicado el monumento en sus ideas cardinales. Todos los demás elementos que se le agregan son simples ideas accesorias o motivos ornamentales, cuando no meros pegadizos, destinados a llenar huecos o a completar líneas, al modo de los ripios en las obras versificadas. Así, las cuatro hojas de acanto, que salen dos a dos, a cada lado del monumento, y sobre las que se levantan sendas figuras

humanas, tres de ellas femeninas y una masculina, cada una de las cuales sostiene un escudo de oro con una inscripción. Procediendo de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, las cuatro inscripciones, redactadas, esta vez, en redondillas, de mejor intención que factura literaria y en las cuales se hace la apología del guerrero y del pacificador, dicen así:

Aquella gloriosa acción
En el Tucumán ganada
Es de tu aguerrida espada
Un nuevo timbre y blasón.

La victoria conseguida
En Salta, bien nos advierte
Que sólo tu brazo fuerte
Nos da libertad y vida.

Tu humanidad, tu virtud
Tu firmeza, tu constancia
Tu valor y tu arrogancia
Dan al Perú la quietud.

Este suelo americano
Pone toda (la) esperanza
En restaurar su bonanza
Sólo en tu mano, Belgrano.

A la categoría de lo ornamental o amplificativo corresponde también la pieza campaniforme que remata la obra por debajo y de la que penden cintas idénticas a las ya notadas junto a las palmas del tercer

cuerpo monumental. Carranza ha visto, en estas cintas, pequeños trozos de cadenas rotas, lo que lo lleva a interpretarlas como «símbolo de cautiverio extinto». Aceptando esta explicación, a falta de otra mejor, deberíamos, entonces, admitir que las cintas de arriba, compañeras de las palmas, representan igualmente cadenas, sobre las cuales se alzan figuras humanas, — que bien pudieran ser los diversos pueblos del continente sudamericano — para proclamarse independientes al grito de viva la patria. Por último, y concluyendo nuestra descripción por donde comenzó la suya Carranza, constituye igualmente un simple motivo ornamental el ramillete que continúa, hacia arriba, las extremidades de ambas palmas, y el indígena en pie, que corona el monumento, empuñando una pica, con la que sostiene el gorro frigio, emblemático de la libertad, prometida a los aborígenes del continente por la revolución sudamericana.

Analizada la tarja, pieza por pieza, y conocida la significación de cada una de ellas, henos ya preparados para comprender y gustar la obra en su totalidad; henos, asimismo, autorizados a decir que el interesante monumento no es, como a primera vista parece, un conjunto de miembros discordantes, algo así como el monstruo pintado por Horacio en su *Epístola ad Pisones*. Lejos de eso, revélasenos ahora al modo de un real organismo plástico, de una obra con unidad, con asunto, temas principales, ideas comple-

mentarias y accesorias; de una obra susceptible de verterse o transponerse, si se lo ensaya, en forma literaria. He intentado la empresa, traduciendo, en convencional prosa poética, lo que, con facultades de rimador, podría darnos en la forma alada del verso alguno de nuestros vates. He aquí la traducción, que constituye algo así como el esquema de un himno en cinco estrofas, correspondiendo cada una de éstas, más o menos, a cada uno de los miembros de la tarja :

I

Porque tú eres, ¡oh Belgrano! amplio y noble escudo de América ;

Porque tú la cubres y proteges contra sus injustos opresores;

Porque la victoria ha ceñido tus sienes con la palma y el laurel de los héroes;

Porque tú llevas, también, tu amparo, a los mares distantes del Atlántico y del Pacífico ;

Y das seguridad a la navegación, instrumento del comercio y madre de la riqueza ;

Porque, bajo tu égida protectora, la América del Sur asciende, triunfalmente, hacia sus altos destinos;

II

He aquí, ¡oh Belgrano! que la villa imperial de Potosí se dispone a rendirte el mejor de sus homenajes;

Asentada en la falda de un cerro famoso;

Cerro argentífero, con sus entrañas henchidas del precioso metal;

Perforado por innúmeros pozos de minas, que muestran al sol sus bocas abiertas;

Por donde brota a raudales el rico mineral;

Para alimentar un activo y considerable intercambio de valores;

Que enriquecen a Potosí, y a América y a España y al mundo entero;

III

Potosí se engalana y se pone de fiesta para recibirte;

Haciendo flamear banderas y oriflamas en lo alto de sus castillos y mansiones;

Y la sociedad potosina, personificada por lo más selecto y excelso de su población;

Por sus nobles matronas, que se adelantan a proclamarte vencedor;

Declaran también sus destinos ahora y por siempre unidos a los del Río de la Plata.

IV

Grande y hermoso estuario formado por dos inmensas vertientes;

Que descienden de las alturas desde las entrañas mismas de América;

Y bajan a los llanos, formando antes enormes cataratas;

Y llegan, por fin, serpeteando a confundirse en un mismo estuario;

Río ancho como mar, prometido a la gran navegación y a un colosal comercio;

Que derraman pródigamente la riqueza, sobre una y otra de sus bandas.

V

Que las rosas fragantes ¡ oh Belgrano ! perfumen los días de tu existencia;

Para tí también los laureles y palmas gloriosas de los triunfadores;

A tu paso vencedor, los pueblos del continente sudamericano;

Se alzan ya sobre las cadenas que los mantienen oprimidos;

Y exclaman todos a una voz: ¡ viva la patria !;

Hasta el indio aborigen, pónese en pie en sus montañas para reivindicar su libertad;

Loor a tí, Belgrano, trozador de cadenas de esclavitud.

Como se ve, la composición no peca de sobria y austera en su estilo ; antes bien se caracteriza por su pompa y enfatiquez, muy en el gusto de la época. Es un canto, en plata y oro, en loor de Belgrano y de la independencia americana, de ejecución y vuelo quintanescos, que mueve a simpatía por el férvido entusiasmo patriótico que en todo él palpita. Es también un himno inspirado al porvenir de América, en que el alma de un pueblo culto, mecido en sueños de libertad, proclama, en forma inequívoca, su anhelo y decisión de progreso. Todas estas ideas y sentimientos han sido expresados plásticamente con acierto, lo que, en modo alguno puede originar extrañeza, cuando se recuerda el lugar del nacimiento de la obra. Los orfebres potosinos, maestros medallistas y expertos cinceladores de monedas y de joyas, de objetos de vajilla y de piezas consagradas al culto religioso, debieron, desde antiguo, hallarse ejercitados en el difícil arte de vestir la idea abstracta en forma figurada, de hablar el lenguaje mudo, pero elocuente, de los símbolos. Altamente expresiva y sugeridora, en los trozos desemejantes que la constituyen, la heterogeneidad de éstos se funde armoniosamente en el todo, sin provocar ninguna disonancia. La aparente complicación y enmarañamiento de la obra desaparecen, una vez que se la conoce y entiende,

como ocurre con esos trozos musicales wagnerianos, tan incomprensibles y somníferos en la primera audición, tan diáfanos y emotivos así que nos son familiares. Curiosa y característica, a la par que interesante y valiosa muestra de la platería hispano-colonial, por lo subido de su costo, lo conceptuoso de su asunto, lo airoso de sus líneas, la elegancia y fastuosidad de su ornamentación floral, la tarja de Potosí hace subido honor a los distinguidos orífices que la concibieron y ejecutaron, constituyendo un obsequio verdaderamente regio, digno, a la verdad, de un emperador, y por lo tanto, de Belgrano, que lo era, sin duda ninguna, en el mundo moral.

II

No basta comprender el simbolismo de la tarja. Necesitamos conocerla en su valor documental, si es que lo tiene. Será menester que averigüemos qué representa, en su calidad de objeto asociado a determinados acontecimientos de nuestra historia, cuya comprensión facilita, tal vez, o a lo menos vuelve más completa. Ningún espíritu — por poco filosófico y escudriñador de causas que sea — deja, en presencia dela tarja, de formularse mentalmente algunas interrogaciones y de abrigar el deseo de contestarlas. Siendo así, por ejemplo, que Castelli y González Balcarce, antes de Belgrano, y después de él Ron-

deau, entraron triunfalmente a la villa imperial, que no extremó sus agasajos sino con el vencedor en Salta y en Tucumán, ¿qué circunstancias especiales, relacionadas con Belgrano, determinaron esa actitud y provocaron la espléndida liberalidad potosina? ¿Qué importancia reviste el objeto, como indicio de la adhesión del donante a la causa revolucionaria? ¿Qué episodios históricos notables se vinculan al obsequio, antecediéndolo o subsiguiéndolo? ¿Cómo era en esa época Potosí y cuáles fueron su papel e importancia en las luchas por la emancipación? Apliquémonos ahora a contestar estas preguntas, en la seguridad de que ello nos ha de deparar ocasión para revivir hechos y evocar personajes intensamente dramáticos de la guerra de la independencia, a los cuales se encuentra ligada, por nexo causal más o menos inmediato, la tarja de Potosí, que adquiere, cuando se la considera desde este punto de vista, títulos nuevos a nuestra admiración.

En el plan inmanente de las cosas y el fluir incesante de los sucesos, los lugares, y con mayor razón las ciudades, tienen también su destino. Fueron los del cerro y villa de Potosí enriquecer a España, y por su conducto a Europa. No es aventurado pensar que la historia del mundo sería distinta de lo que es sin el fenómeno geológico desconocido merced al cual se acumuló en las entrañas del célebre cerro la estupenda masa de plata, que brotando de allí a manera de inagotable y caudaloso raudal, dió naci-

miento y brillo a ciudades importantes, hizo surgir la entidad administrativa correspondiente a la audiencia de Charcas, y, por natural concatenación de los hechos, determinó la existencia de Bolivia. Esta ha pagado su deuda con el cerro ostentándolo en el centro de su escudo, y, por decontado, Potosí lo luce en el suyo, acompañado de la siguiente divisa escrita en bárbaro latín colonial : *Cesaris potentia pro regis prudentia iste excelsus mons et argentus orbem debelare valent universum* (sic), o sea, enderezando entuertos ortográficos : El poder de Cesar puesto al servicio de la sabiduría real y ese elevado y plateado monte son capaces de dominar el mundo entero. Aun sin admitir el quijotesco desplante fuerza es confesar que al elevado y plateado cerro débese exclusivamente la existencia de la urbe. No fueron, en efecto, ni la belleza del lugar, ni la dulzura del clima, ni la fertilidad de la comarca, las causas que movieron en 1545, a unos cuantos de los pocos españoles que entonces habitaban el Alto Perú, a fundar una nueva ciudad en la falda de un monte desolado, a más de 4000 metros sobre el nivel del mar, en un sitio batido incesantemente por vientos frígidos y huracanados, desnudo de árboles y apenas cubierto de pasto misérrimo en los pequeños retazos abrigados. *Nimborum patriam loca feta furentibus austris,* patria de la nubes, región preñada de vientos furiosos, exclama el inca Concolorcorvo, repitiendo al latino, al describir el paraje.

A despecho del medio inclemente, que, en los primeros tiempos, hizo morir de frío a la criaturas recién nacidas en el lugar, el pequeño puñado de fundadores, formado por 170 españoles y 3000 indios, aumentó vertiginosamente. Atraída por la estimulante sed de oro afluyó acto continuo al afortunado paraje una muchedumbre heteróclita, en la cual se deslizaron no pocos españoles de aventura : nobles tronados, segundones famélicos, tahures, celestinas, damas galantes, pícaros de la hampa y escapados de galeras, a los cuales se adhirieron algunos pájaros extranjeros de diversa patria y plumaje. Por tal modo, Potosí llegó a ser a la vuelta de pocos años una de las ciudades más populosas de América. Huelga casi decir que el lucrativo laboreo de las minas, unido al pingüe ejercicio de otras industrias y profesiones, lícitas o ilegales, determinaron la rápida formación de grandes fortunas y de hábitos dispendiosos, haciendo del pueblo potosino una sociedad fastuosa, despilfarrada, ávida del lujo y de los placeres, dada a toda suerte de fiestas y espectáculos, cuando no desgarrada por luchas de facciones que surgían en su seno, enconadas y frecuentes, traídas, si hemos de creer al cronista Martínez y Vela, « por el influjo de la estrella de Marte », que era « uno de los astros predominantes en Potosí ». Observa el mismo autor que : « los moradores de la villa imperial son magnánimos y de ánimo sumamente liberales, amigos de música y festines, trabajadores por adquirir ri-

queza, y algo dados a gustos venéreos». Esto último, bien se comprenderá, cargábase astrológicamente en la cuenta de la estrella de Venus. El inca Concolorcorvo, que visitó a Potosí hacia 1770, ha trazado en felices pinceladas una fisonomía de la villa que se asemeja a la del cronista, y corrobora, por lo demás, el proverbial aforismo: pueblo minero, pueblo vicioso y pendenciero. «La discordia, escribe, siempre reina entre los principales vecinos. Esta se convierte en plata que va a parar a la ciudad de su nombre»; picante observación de la cual inferimos que los lances de antaño a capa y espada habían degenerado, con el andar del tiempo, en procesos interminables que iban a ventilarse a la audiencia de Charcas. Oigamos todavía al maldiciente turista: «Son muy raros los hombres que mantienen una amistad perfecta una semana entera. Al que aplaudieron por la mañana, vituperan por la tarde, sobre un propio asunto, y sólo son constantes en las pasiones amorosas, por lo que se experimenta que las verdaderas coquetas hacen progresos favorables, y se han visto más de cuatro de pocos años a esta parte retirarse del comercio ilícito con competente subsistencia, ya obligando a su último galán a casarse con ella, o a buscar marido de aquellos que se acomodan a todo y tienen una fuerte testa, o al que lleva la opinión de que lo que no fué en su año no es en su daño.» Demos o no crédito al cronista y al viajero, lo indudable es que Potosí, especialmente en sus

épocas de prosperidad, llevó una vida agitada e intensa, y que ha dejado una historia movida e interesante, esmaltada de leyendas y tradiciones fantásticas en que aparecen espectros y puñales, duendes y esqueletos, ataúdes y filtros amorosos, toda la atrecería romántica, en una palabra, y en las cuales el amor y el odio, la disipación y la avaricia, la castidad y la lujuria, lo humano y lo sobrenatural, Dios, el diablo y las ánimas del purgatorio se entrelazan y confunden en una misma trama tejiendo novelas inverosímiles o dramas de la más punzante tragicidad. La veta romancesca yace soterrada en crónicas curiosas, como la aludida de Martínez y Vela, verdadero Potosí de tradiciones y leyendas, que ha sido explotado, sin quedar exhausto, por innúmeros cultores del género tradicionista.

Como toda población de asiento mineralógico, Potosí experimentó los vaivenes de fortuna de su producción metálica. Cuando ésta declinó — debido, en parte, a una explotación desvastadora — fué al par palideciendo la estrella de la ciudad, según la frase virgiliana, y la otrora opulenta y pródiga villa imperial conoció los días melancólicos de la decadencia y la estrechez. Al iniciarse el siglo de la revolución sudamericana tenía apenas 24.000 habitantes, después de haber contado en algún momento cerca de 200.000. El monumental edificio de su casa de moneda, sus 32 templos y 10 conventos denunciaban todavía la pasada grandeza; pero su estado

económico era difícil, pues en 1802 perdiéronse grandes sumas en más de 40 ingenios que quedaron arruinados, y la falta de azogues en 1805, a causa del conflicto entre España e Inglaterra, paralizó los trabajos de explotación mineral disminuyendo las rentas en proporción extraordinaria. A pesar de todo, contaba aún la ciudad con abundantes recursos, y, tanto por esta circunstancia, como por su posición estratégica, — en cuanto intermedia entre Buenos Aires y Lima, centros de la acción y de la reacción revolucionaria, respectivamente, — hallábase destinada a desempeñar, en la gran tragedia histórica pronta a representarse, un embarazoso papel : el de la dama irresoluta, que codician y asedian dos galanes belicosos, a quienes alternativamente, y según las exigencias de la situación, prodiga sus sonrisas y concede sus favores. Si recordamos su composición social, no costará admitir el espíritu realista que algunos le han atribuído, al mismo tiempo que a Oruro, ciudades ambas mineras y mercantiles, en las cuales primaba un grupo influyente de ideas conservadoras formado por la gente acaudalada y por no pocos nobles de almoneda, como que fué siempre ambición de los enriquecidos, en Potosí a semejanza de otras ciudades, comprar para sus hijas maridos titulados. Chuquisaca y La Paz, en cambio, se caracterizaban por su tendencia democrática, en especial la primera, en su calidad de centro universitario, en el cual bullía la zumbadora colmena estudiantil; pue-

blo movedizo, rumoroso, amigo de la disputa y el choque de las ideas, siempre dispuesto a poner en oposición lo antiguo, o sea lo imperante en materia político-social, y lo ultramoderno, representado por los principios y doctrinas de la Revolución Francesa que se habían filtrado hasta ese rincón de América, burlando la vigilancia de aduanas y censores.

En Chuquisaca y La Paz, precisamente, produjéronse, en 1809, los primeros estallidos del colosal incendio en que iba a arder bien pronto toda la América española. Correspondióle a Chuquisaca el honor de la iniciativa, con el alzamiento del 25 de mayo, seguido del de La Paz, el 16 de julio. No fué extraña, a lo que parece, la capital del virreinato en la producción de estos hechos, pues desde comienzos de 1809, habíanse interceptado en La Paz cartas y papeles secretos de Buenos Aires, relacionados con un movimiento que se dirigía a la emancipación. Ni deja asimismo de ser sugerente la presencia del agitador Bernardo de Monteagudo en la rebelión chuquisaqueña. Sea de ello lo que fuere, las llamaradas de Chuquisaca y La Paz no se propagaron por entonces a Potosí, cuyo gobernador, don Francisco de Paula Sanz, enérgico y previsor en sus resoluciones, adoptó, para impedirlo, eficaces providencias: aumentó soldados, acuarteló tropas, reforzó guardias, organizó patrullas, encarceló sospechosos, aseguró los caudales públicos, inutilizó el armamento sobrante y se concertó con Abascal, virrey del Perú, para con-

jurar el peligro. El fuego quedó así localizado en las dos ciudades rebeladas, siendo, poco después, ahogado en sangre y sofocado por Goyeneche. Ello no impidió, ciertamente, que la tea incendiaria de Monteagudo prosiguiera su obra en el Alto Perú y dejara en Potosí prendida la mecha, que, para inflamar el elemento combustible, sólo requería una ocasión propicia. Ésta se ofreció en el año siguiente, cuando, producidos en Buenos Aires los sucesos de mayo y llegada al Alto Perú la primera expedición libertadora, fué batido en Suipacha el ejército realista el 7 de noviembre de 1810. El 9 se conoció en Potosí el resultado de la batalla, y, al día siguiente, el grupo de conjurados, arrastrando al pueblo a la revolución, deponía y aprisionaba a Paula Sanz.

La junta gubernativa de los patriotas dispúsose a recibir al ejército libertador, que hizo su entrada el día 25, en medio de ovaciones y regocijos populares enturbiados por algunas gotas de recíproca desconfianza. Extremando quizás la prudencia, Castelli había exigido. antes de entrar a la villa, que las nuevas autoridades juraran fidelidad a la junta de Buenos Aires; suspicacia que produjo, como era consiguiente, ingrata impresión en el pueblo potosino. Éste, a su vez, sentíase un tanto receloso en presencia de un ejército al cual se tildaba de engreído e indisciplinado, y al mando, en lo político, de un jefe de tan trágico prestigio como el adquirido por Castelli después del fusilamiento de Liniers y demás compañeros. La

mutua impresión desfavorable no hizo sino acentuarse en los días subsiguientes, con la deportación a Orán de un grupo de realistas y con la ejecución de Paula Sanz, gobernador de Potosí, Nieto, presidente de Charcas, y el general Córdoba, vencido en Suipacha. El régimen terrorista de la metrópoli, tan bien interpretado y aplicado en La Paz por el arequipeño Goyeneche, producía sus frutos inevitables, y las ejecuciones de Cruz Alta y Potosí eran el eco y la réplica de la revolución a las despiadadas e inútiles matanzas con que se pretendía sofocarla en su cuna.

Durante los años 1811 y 12, Potosí fué teatro de episodios que justificaron con exceso las aprensiones de Castelli, a quien, como conocedor del ambiente alto-peruano, en su calidad de antiguo graduado de Charcas, no se le ocultaba que sólo al pasar la quebrada de Humahuaca respirábase ya una atmósfera social bien distinta de la que quedaba a la espalda. Más que en otras regiones de América, en el Alto y sobre todo en el Bajo Perú, la dominación española creó intereses, fomentó prejuicios, arraigó hábitos y sentimientos muy difíciles de extirpar y en los cuales debía embotarse en los primeros tiempos el filo de la espada revolucionaria. Ocurrió, así, que, no bien desalojó la plaza el ejército libertador para seguir su marcha al norte, tramóse en ella un complot reaccionario, felizmente descubierto antes de estallar y desbaratado con la prisión de sus dirigentes (20 de abril). Por desgracia, el desastre de Huaqui, sobre-

venido dos meses después, dió nuevos alientos a los realistas. Reanudaron éstos sus trabajos subterráneos y su campaña de descrédito contra el ejército patriota, que se batía en retirada, y al que imputaban la comisión de actos vandálicos y sacrílegos repetidos. A la iglesia de Coroma, afirmaban, habíanla desposeído hasta de sus vasos sagrados, para emplearlos en inmundas orgías, y, por arrebatarle al cura las hebillas de oro de sus zapatos, hiriéronle gravemente. En la misma Potosí habríase visto penetrar un militar porteño, jinete en caballo de ajena propiedad, cínicamente enjaezado con una casulla morada a la que ni siquiera se habían quitado los galones. Ciertos o imaginarios, aislados o frecuentes, estos desmanes y otros que se referían, hábilmente explotados por realistas prestigiosos, concitaron en la plebe potosina, tornadiza y sugestionable como toda masa indígena, sentimientos de antipatía y odio hacia los porteños, conseguido lo cual se preparó sigilosamente un diabólico atentado contra las escasas fuerzas que, al mando del entonces coronel Juan Martín de Pueyrredón, habían quedado en Potosí para cubrir la retirada.

Una riña entre beodos, en la cual un soldado hiere con su cuchillo a un hombre del pueblo y éste destroza al heridor la mandíbula de una pedrada, pasa por causa ocasional del episodio; pero es inútil, y hasta absurdo, hablar de causa ocasional, tratándose de la ejecución de un plan de exterminio, de tiempo

atrás premeditado, como se comprobó más adelante. El hecho es que en la tarde del 5 de agosto, y no bien producido el incidente en cuestión, turbas numerosas brotadas como por ensalmo y conducidas por azuzadores se precipitan sobre el grupo de soldados porteños que acuden en defensa del camarada herido y dominándolos por el número y lo imprevisto del ataque los ultiman ferozmente, descargando sobre ellos una lluvia de palos, pedradas y cuchilladas. Enfurecido el populacho con la defensa que se le opone, ebrio a la vez de vino y de sangre, dedícase en seguida a buscar y cazar porteños, como si se tratase de perros rabiosos. La falta de resistencia, la rendición, la fuga, el refugio en la casa de algún particular, no bastan para librar de la muerte. En su vértigo homicida, cometió la muchedumbre actos de ferocidad increíble. Atropellando balas y bayonetas asaltó los cuarteles mal defendidos para asirse al cabello de los porteños y sacarlos a rastra a la calle donde eran victimados. ¡Pobre del nativo que osara oponerse al torrente de barbarie! En lo mejor de su tarea, la plebe tropieza en su camino con el animero del presbítero Fanola, amigo de los porteños. Basta esta lejana afinidad porteñista para que, inmediatamente, la multitud se precipite sobre el infeliz animero con ánimo de asesinarlo. Interpónese en ese momento un alférez cochabambino e intenta disuadir a los atacantes que lo acribillan a puñaladas, mientras su defendido se da a la fuga y se salva. El movimiento

asumió un carácter tan irresistible que hasta los 900 soldados nativos existentes en la ciudad o hicieron causa común con el populacho o se encerraron de miedo en las casas. La noche no interrumpió la siniestra cacería continuada aún al día siguiente, y hasta en presencia de la imagen de la virgen del Rosario — patrona de los realistas como la de la Merced lo fué de los patriotas — que algunos vecinos piadosos sacaron en procesión con idea de calmar el furor homicida. La masacre cesó cuando no se encontró ya a quien asesinar, pues la consigna era concluir con los porteños infernales, y si escaparon a la hecatombe el coronel Pueyrredón y unos pocos hombres de su tropa debióse, sin duda, a que considerando estéril sacrificio arrostrar inútilmente las iras del populacho, reservaron sus vidas para la hazañosa retirada que efectuaron algunos días después, llevando consigo — diríase a título de indemnización por las víctimas inmoladas — los caudales de la casa de moneda. Concluída la matanza, Potosí ofreció a la vista un cuadro horripilante : 145 cadáveres de porteños yacían en sitios y posturas diversos, desnudos y horriblemente mutilados, con el cráneo partido y los ojos saltados de las órbitas; sobre el piso de las calles notábanse enormes charcos y arroyos de sangre y en los muros de las casas veíanse adheridos trozos blanquecinos de masa encefálica, salpicados por la fuerza de los golpes. Procedióse entonces a enterrar los muertos, que se llevaron al cementerio

arrastrados de los pies; y así terminó la matanza de los porteños, suerte de salvaje San Bartolomé americana, urdida, como la europea, por un fanatismo político, cuyo ensañamiento rayó a la altura de la ingenuidad con que creyó posible extinguir para siempre ideas revolucionarias machacando cerebros con piedra y garrote.

Tiempos de dura prueba y de heroicos sacrificios para los partidarios de la revolución en la villa de Potosí fueron los posteriores al repliegue del primer ejército libertador hacia las provincias del sur y al consiguiente avance de Goyeneche, quien había completado su triunfo de Huaqui con una nueva victoria en Sipe Sipe, después de la cual hizo su entrada en Potosí, donde gobernaban de nuevo, o, por mejor decir, tiranizaban los realistas, saqueando, confiscando, flagelando, ahorcando o enterrando vivos en las terribles casamatas limeñas a los patriotas de uno y otro sexo. ¡Inútiles crueldades! Las insurrecciones de la valerosa Cochabamba y de todo el norte hasta el Desaguadero, realizadas inmediatamente y a espaldas de Goyeneche, a quien cortaban la comunicación con su principal centro de recursos, Lima, mostraban con elocuencia la absoluta ineficacia de los grilletes y patíbulos para matar ideas redentoras y progresistas como las encarnadas en la causa de la independencia sudamericana. Amenazado así Goyeneche por los caudillos altoperuanos que continuaban guerrilleándolo a retaguardia y por un flanco, consi-

deró prudente detenerse en Potosí, que, por su situación y recursos, fué siempre cuartel general, parque militar y base de operaciones estratégicas para los realistas del Alto Perú. En Potosí se concentraban, equipaban, instruían y organizaban las milicias, formadas en su mayor parte de nativos, enviadas al sur contra las provincias de abajo, al norte contra Cochabamba y al nordeste contra Chuquisaca. En Potosí se equipó el ejército, puesto por Goyeneche a las órdenes de su primo el general Tristán, que invadió el territorio argentino para sufrir las derrotas de Tucumán y de Salta. A Potosí, pues, era natural también se dirigiera Belgrano, invasor a su turno, después de sus dos memorables victorias. No esperó por cierto Goyeneche en Potosí la llegada de Belgrano. Como lo canta el poeta en el himno patrio :

Azorado a su vista el tirano
Con pavor a la fuga se dió,

no parando hasta llegar a Oruro, donde llevó a cabo su fuga definitiva del teatro de la guerra, retirándose a la vida privada a disfrutar su cuantiosa fortuna y su título de conde de Huaqui, adquirido al precio de una villana traición. Limpio así de enemigos el camino de la villa imperial, Belgrano llega a sus puertas a mediados de junio, dos veces vencedor y rodeado de una aureola más fúlgida todavía que la del general victorioso : la del varón austero, magnánimo,

clemente, cristiano, que ha concedido una generosa capitulación al enemigo vencido, e impone a sus soldados, bajo penas severas, el imperio de la disciplina y el respeto del derecho. « Pena de muerte al que robare, si más no fuera que un huevo », dice uno de sus bandos. Los patriotas potosinos, dueños ya y por segunda vez de la situación, se aprestan a recibirlo espléndidamente, igualando o sobrepujando si es posible, las dos grandiosas recepciones hechas a Goyeneche por los realistas, en 1811, después de Huaqui y Sipe Sipe, y en 1812, después de dominada la heroica Cochabamba.

Y Belgrano, al modo de un triunfador de la Roma antigua, hace su entrada en Potosí, que, a título de dama encopetada y magnífica, empeñada en deslumbrar a un huésped ilustre, ha vestido sus mejores atavíos y ostenta sus joyas más preciadas. No menos de 250 arcos de triunfo, — ya de follaje festoneado de flores, ya de lienzo con cintas de raso, todos cubiertos con braserillos y pebeteros, de oro y de plata, donde arden resinas y perfumes orientales — señalan las calles del trayecto, y en ellas la apiñada muchedumbre espera el desfile del cortejo, entreteniendo su impaciencia con el soberbio espectáculo que ofrecen las ventanas, balcones y portales, cuyas ricas colgaduras. — sea de damasco, brocado o terciopelo, bien de colchas bordadas con sedas policromas o de crespón blanco y celeste — forman hermoso marco a radiantes bellezas potosinas. El tronar de los cañones

y el repique de las campanas, echadas a vuelo en 50 templos a la vez, anuncian de pronto la llegada del ejército a las puertas y arrabales de la villa, y, mientras corre por la multitud una oleada de curiosidad y cruzan por el aire bandadas de palomas, alocadas por el estruendo de repiques y cañonazos, una lucida cabalgata, — compuesta por los miembros del Cabildo, el respetable gremio de azogueros, los altos dignatarios y los nobles de la ciudad, empuñando éstos últimos astas de plata en que flamean banderolas de raso o tisú, todos montados en corceles andaluces regiamente enjaezados — sale a dar la bienvenida al triunfador y a tomar posición en el cortejo. Rompe éste la marcha al interior de la ciudad, y alzando entonces en brazos los padres a sus hijuelos e interrumpiendo los amantes el idílico poema, la multitud se dispone a presenciar el desfile, que, como en la teoría de un bajo relieve helénico, va pasando ante sus ojos encantados, arrancándole exclamaciones jubilosas o haciéndole prorrumpir en vítores y aplausos. Vienen, delante, los músicos y danzarines, primero, los bailes, que representan la sucesión de los incas, luciendo magníficas túnicas multicolores, plumas vistosas y ajorcas de oro ; detrás los danzantes, en representación de los caballeros, con armaduras, cascos, rodelas, espadas y hasta las capas de plata maciza. Siguen después los monstruos fantásticos, terror de los niños y deleite de los simples : los endriagos y vestiglos ; los grotescos gigantones ; el mi-

notauro y la tarasca. Llegan en seguida los indios mitayos, vestidos de gala, y, por último, los magnates de la ciudad, dando escolta a Belgrano, que semeja, a medida que va acercándose, animada estatua ecuestre. Todos los ojos se clavan en el héroe, que avanza con gallardía, erguido sobre la montura el airoso busto apolíneo, resplandeciente de dignidad y de efusión bondadosa el rostro de Bonaparte juvenil y dulcificado. Tocada la muchedumbre por la noble y serena mirada de sus claros ojos de color topacio, embriagada de orgullo americano, a la vista del ejército victorioso que marcha bizarramente tras de su jefe, al toque vibrante de los clarines y el marcial redoble de los tambores, irrumpe en aclamaciones entusiastas, y, cuando entre el bosque de bayonetas, que refulgen, encegueciendo, a los rayos del sol matutino, se ve aparecer, flameando, la bicolor enseña, el símbolo, ya glorioso, de la patria naciente, ideado por Belgrano en un rapto de inspiración, una emoción intensa, hasta entonces desconocida, sacude los corazones y humedece los ojos. El cortejo pasa y se aleja, como en la teoría de un bajo relieve helénico, dejando, detrás de sí, la estela del comentario y una lección que perdurará en la memoria de las gentes : la que fluye, sin que nadie la dicte, del porte grave y sencillo del héroe, modesto, hasta en el traje, como lo exige su austeridad republicana, poco avenida con ceremonias palaciegas y rendimientos serviles que se ve forzado a aceptar por

hábito de cortesía y necesidad de política. Y así conquistó Belgrano a la sociedad potosina, y así realizó su entrada a la villa imperial, al modo de un triunfador de la Roma antigua, anunciado, al llegar, por alegre tintineo de campanas y bronco retumbo de cañones, saludado y acompañado a su paso por músicas marciales, nubes perfumadas, lluvia de esencias y de flores, vítores y aplausos de la muchedumbre, dulce mirar y suave sonreir de mujeres hermosas, hasta llegar a la basílica monumental, — capitolio cristiano — a cuyas puertas esperábanlo el clero y las comunidades religiosas, para ofrecerle incienso y agua bendita, en prenda de respeto y comunidad de ideales, después de lo cual entraron todos al templo, donde se entonó el *Tedeum laudamus* que la iglesia consagra a las grandes solemnidades.

Si regio y cordial había sido el recibimiento, no lo fué menos el hospedaje. La obsequiosidad femenil colmaba a diario la mesa del triunfador de exquisitas golosinas sabiamente preparadas por delicadas manos aristocráticas o monjiles. Diósele a conocer después, artísticamente, las variadas labores mineras del cerro, por medio del espectáculo de una danza indígena. Y deseando, por último, que en el recuerdo de la posteridad, quedaran firmemente asociados los históricos nombres de Belgrano y Potosí, acudióse a la forma monumental. La casa de moneda batió para el triunfador dos medallas de oro, conmemorativas de sus dos inmortales victorias y las da-

mas patriotas, invitadas por él a un sarao. le ofrecieron en esa reunión la guirnalda y palma, objeto de este estudio. Sensible como era a las demostraciones afectuosas, no cabe poner en duda el dicho de un escritor, cuando afirma que « Belgrano amó a Potosí y aun rindió tributo en los altares de una de sus más bellas damas ». Ello no quita, por cierto, que, dos años más tarde, exclamara amargamente en presencia de Rivadavia : « Yo he cometido un gran yerro que lloraré toda mi vida : tal fué la entrada de mi ejército en Potosí. » La entrada, precisamente no, diríamos nosotros, sino, más bien, la excesiva permanencia en la Capua americana, para darse a tareas de administración y gobierno, que no eran tal vez urgentes, y para remontar el ejército con soldados nativos que defeccionaron después en la hora del peligro...

Más grande aún que en la victoria se reveló Belgrano en la derrota, que le brindó la ocasión de mostrar todo el temple de su alma superior. Dando a sus soldados ejemplo de fortaleza, cedió su caballo para conducir un enfermo, y, con el ánimo dolorido, pero entero en su fe y su esperanza, marchó a pie por el áspero páramo en pos de los restos de su ejército destrozado. Potosí vióle de nuevo llegar a sus puertas, esta vez batido y en retirada. « La recepción que le hizo el pueblo, dice el general Mitre, fué grave, digna y melancólica, como lo fué la actitud de los patriotas al penetrar por las calles que setenta días

antes habían atravesado confiados en la victoria.» Poco después abandonaba la ciudad para seguir su marcha al sur. Un tercer ejército, al mando de Rondeau, debía en breve renovar la tentativa y entrar triunfante en Potosí para sufrir más tarde un descalabro, y verse forzado a evacuar también, y entonces por última vez, el Alto Perú. Frustrado otro golpe directo a Lima, al genio de San Martín estábale reservado hallarle al enemigo la juntura de la coraza y herirlo mortalmente en el corazón. No dejaron por eso de tener utilidad las tres campañas altoperuanas, no siendo el menor de sus resultados el dejar al país en pleno hervor revolucionario y a las autoridades realistas empeñadas en la imposible tarea de apagar el incendio atizado en cien puntos a la vez por caudillos indomables. La retirada definitiva de los porteños influyó, no obstante, en lo político. Perdido el dominio militar del territorio, éste quedó separado de hecho de la antigua capital del virreinato, con lo cual se acentuaron, cada vez más, diferencias y antagonismos que ya venían perfilándose, entre varias regiones geográficas de América, desde los más lejanos tiempos de la colonia. Conquistada la independencia, esos rasgos de propia individualidad determinaron la desmembración del extenso territorio virreinal del Río de la Plata, dando lugar a la formación de cuatro naciones soberanas. Potosí, que fué la última en independizarse entre las ciudades del Alto y Bajo Perú, quedó, pues, segregada de Buenos

Aires. La cadena, que, en la tarja, une la villa imperial a la región del Plata, perdió así su significado simbólico. No representa ya ningún vínculo político. Constituye, a pesar de todo, junto con el monumento de que forma parte, un objeto recordatorio de inapreciable valor documental, evocando tiempos pretéritos, idos, quizá, para no volver, en que los destinos de Potosí y los del Río de la Plata se confundían de tal modo, que un potosino ilustre, el comandante de patricios, Cornelio Saavedra, después de cooperar como iniciador en el alzamiento de Buenos Aires presidía su primera junta revolucionaria. Sean los hechos gloriosos que acabo de revivir, motivo suficiente para que, en lo futuro, los visitantes del Museo histórico nacional, den toda su admiración y simpatía al grandilocuente canto, en oro y plata, a Belgrano y la independencia americana, plásticamente expresado en la « tarja de Potosí ».